

NOTAS Y DOCUMENTOS

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO ACADEMICO CELEBRADO POR LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION EN HONOR DEL PADRE HERNAN LARRAIN ACUÑA S. J., CON MOTIVO DE HABERLE SIDO OTORGADO EL PREMIO "ATENEAS" DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION, POR EL PROFESOR SEÑOR JORGE SILES SALINAS

Un significativo texto orteguiano sirve de epígrafe al libro que en estos días ha sido premiado por la Universidad de Concepción y cuyo autor es el Padre Larraín, Rector de nuestra Universidad. Expresa en él Ortega su temor acerca de la suerte que habrán de correr sus pensamientos, a la hora en que se les juzgue e interprete, puesto que no será fácil —dice él— que su obra encuentre el ánimo generoso que se muestre, de veras, afanado en entenderla.

Parece justo recordar esta preocupación de Ortega en este momento en que nuestra Facultad rinde un homenaje a quien se ha hecho merecedor de este preciado galardón, pues sin duda el rasgo más sobresaliente que su libro exhibe a lo largo de todas sus páginas es el designio de aplicar a la obra del egregio pensador madrileño un criterio desprovisto de prejuicios y suspicacias, rastreando, con generoso deseo de comprensión y esclarecimiento, lo que en la primera etapa de su singladura intelectual nos dejó Ortega como original legado filosófico, como principio de revelación de los nuevos tiempos.

En medio de la vasta literatura que se ha ido acumulando en estos últimos años sobre la obra de Ortega, en la que prevalece, por lo general, la índole polémica, teñida de partidismo, de muchos de sus comentaristas, el estudio del Padre Larraín se destaca por la ecuanimidad de sus juicios, por el rigor de sus métodos. Cuando aún no se ha disipado la estela de controversias que sobrevino en España a la muerte del gran pensador, nada parecía tan deseable como que, dentro del mismo ámbito de la cultura común de los países de habla española, pero en un terreno alejado de las disputas ideológicas que han configurado la vida pública en la Península, apareciese una corriente de pensamiento dispuesto a valorar, con justicia y serenidad, los gruesos volúmenes que componen la obra de Ortega. El número primero de la reaparecida *Revista de Occidente* nos da cuenta de varias obras recientes de exégesis orteguiana y entre ellas figura la del Padre Larraín junto a otra escrita en México. Los elogiosos comentarios que la Revista dedica al volumen del Padre Larraín acreditan el reconocimiento que en uno de sus principales redactores ha suscitado el comedimiento, la crítica ponderada

del autor al componer su libro con auténtico *amor intellectualis*, sin fobias ni admiraciones ciegas, obedeciendo, en suma, al ideal que una vez hubo de exponer el mismo Ortega: "Los españoles tenemos —decía éste— el ánimo hecho a las admiraciones integrales y, exentos de hábitos críticos, toda continencia en el loor nos parece una censura general. Y es que alabamos o contradecemos con los nervios".

"La génesis del pensamiento de Ortega" está escrito con prosa limpia, desnuda de artificio, de innecesarias adjetivaciones, en suma, con el rigor científico que exigen, a un tiempo, la claridad y el orden, cualidades éstas que figuran entre los mayores méritos de su bien construido análisis. Acaso el ingrediente decisivo en el *amor intellectualis* que postulaba Spinoza sea la humildad y esta virtud tampoco falta en el libro que comentamos, pues obligándose el autor a la difícil disciplina de la contención de todo elemento subjetivo y del respeto a la obra examinada, nos entrega unas páginas abundantes en citas y frases entre comilladas. El autor se atiene, pues, fielmente a los textos y con ellos va urdiendo pacientemente su argumento que no es suyo, sino extraído del caudal ingente del autor a quien consagra su trabajo. Sin duda tal labor hubo de exigir no poco esfuerzo al comentarista, pues acaso un solo breve párrafo, en que se transcriben textos procedentes de diversos escritos orteguianos, debió ser compuesto tras prolongado cotejo de fichas y referencias, aunque luego una y otra cita se engargen fluídamente, desplegándose así un pensamiento, una tesis del autor, procedentes de diferentes fuentes, con la naturalidad y coherencia con que él mismo las hubiera enunciado en un mismo momento de su magisterio.

No queda, sin embargo, tan disimulado el perfil del propio autor que no podamos reconocer su inspiración y los trazos de su personalidad en medio de esta misma proliferación de citas textuales. En efecto, la lectura atenta de cada página de este libro nos hace ver que *sobre* aquellas citas el autor ha hecho pasar su mirada clarividente, dando relieve a unas palabras, salvándolas de la atonía que suele pesar sobre una transcripción literal e infundiéndoles un peculiar estremecimiento, al subrayarlas con letra cursiva o al destacarlas con nuevas comillas dentro del texto reproducido. Las citas orteguianas se recogen así con particular acentuación, obediente al matiz que en tales o cuales palabras ha querido desvelar el glosador del texto, de modo que ciertas expresiones parecen "pronunciadas" con énfasis e intención singulares. El riguroso método de interpretación científica del texto se ve así trasmutado en una ágil expresión, tocada de la gracia y desenvoltura propias de un estilo convencional.

Al subrayar, dentro de un texto, una palabra, una idea, no hace el autor sino responder a un pensamiento orteguiano en torno a la forma en que procede vitalmente la atención humana, la cual se dirige, desde un determinado punto de vista, a unas zonas de la realidad circundante hacia las cuales nos lleva ese sistema de preferencias que todos somos en cada momento de nuestra vida. "La atención del hombre —escribe Ortega— peregrina como el reflector de un navío sobre el área inmensa de lo real, espumando

de ella ahora un trozo, luego otro". Igual cosa podría decirse de la mirada de Hernán Larraín, esparcida sobre la movediza superficie de la prosa más artística y armoniosa que se haya escrito en la lengua española del siglo xx, fiel al propósito de arrojar haces de luz sobre tal o cual contenido, sobre uno u otro rasgo merecedores de especial consideración en el conjunto de aquella obra tan sugestiva y palpitante.

Ahora bien; la labor en que página tras página se ha empeñado el autor obedece, no cabe duda, a una intención noblemente integradora de la obra de Ortega. Esta, ciertamente, se halla dispersa en múltiples trabajos, de índole tan varia como motivada por la peculiarísima circunstancia del autor. La labor del crítico tiene pues que superar esta inicial dificultad formal, penetrando, además, con ánimo resuelto en el denso mundo metafísico de Ortega que a veces aclara pero a veces difumina el pensamiento del autor. El Padre Larraín ha abordado con fortuna esta empresa de integración del legado filosófico de Ortega, procediendo según el modo no ya del arqueólogo que trabaja con restos, sino del estudioso que debe elevarse inductivamente desde el trozo de materia orgánica al cuerpo vivo de que forma parte.

Voluntad integradora vale tanto como voluntad de comprensión, de trans migración espiritual a la existencia concreta a la que reconocemos como fuente inspiradora de la obra que queremos entender. Es, pues, inexcusable apreciar en su conjunto, orgánicamente, la obra de un autor si de veras queremos interpretarla lúcidamente. No es otra, sin duda, la norma a que ha obedecido en la elaboración de su libro el autor a quien hoy rendimos homenaje. No en vano aparece con tanta frecuencia en sus páginas la palabra "contexto", que vale en él como garantía de global apreciación de una obra, como imperativo de justicia en el enjuiciamiento de los fenómenos aislados, a partir de los cuales es necesario ascender para llegar a la ley que virtualmente los contiene.

No será, creo, simple curiosidad estilística, la que nos permite observar que el autor al aducir los textos orteguianos que avalan su tesis, no sólo los integra en la orgánica unidad de pensamiento de que brotan, sino que les reconoce o quiere comunicarles una intencionalidad peculiar, como mensaje que llega hasta nosotros en diálogo fecundo del autor original con sus lectores de hoy; así, pues, delante de cada párrafo literalmente transcrito, leemos en "La génesis del pensamiento orteguiano" las significativas palabras "nos dice Ortega", "nos muestra el autor", en vez de acompañarlos de un impersonal "se dice", "se observa en Ortega".

Aparte estas consideraciones, pormenorizadas sin duda y que sólo tienden a mostrar ciertos privativos rasgos de comunicación del autor con sus lectores, en lo que atañe ya al contenido conceptual del libro, ha tenido buen cuidado el propio autor de advertir sobre las intenciones que a él, al igual que al P. Gaete, digno continuador de su estudio, le han guiado en su trabajo. En "La génesis del pensamiento de Ortega", descríbese la trayectoria a través de la cual el joven Ortega ha ido alumbrando las fases

sucesivas de su prodigiosa labor de filósofo y espectador de la realidad circundante. El intérprete se ha propuesto no ya "inventar" sino "descubrir" —son sus propias palabras— el sistema de Ortega y, esto sólo podía lograrse merced a un procedimiento que mostrase el proceso formativo de la filosofía de Ortega, desde su germinación hasta el momento de su elaboración más conseguida y madurada. La tesis central del libro es que Ortega es el creador de una genuina doctrina filosófica, dotada de plena originalidad y en cuya configuración cabe notar una línea de continuidad que va de sus primeras formulaciones a su madurez ulterior. Bien es cierto que los decisivos hallazgos del meditador hispano se aproximan grandemente a ciertos planteamientos de Hiedegger y de Dilthey; pero el cuidadoso cotejo de las fechas en que aparecen los principales textos orteguianos corrobora plenamente la independencia de su labor y de su descubrimiento. ¿No es éste el momento más oportuno —diríamos nosotros— para echar mano de la tan traída y llevada doctrina de las generaciones, que justamente en este caso vendría a suministrar una explicación plausible de la singular coincidencia cronológica y temática respecto del pensamiento de Ortega y de los autores ya nombrados? ¿A qué fin extraviarse en baladíes disputas sobre la prioridad en la elaboración del pensamiento de uno u otro autor? ¿No estriba uno de los mayores méritos de la teoría de las generaciones en el hecho de haber prácticamente eliminado la problemática de las influencias, desde el momento en que se ve que no es preciso buscar qué autores influyen sobre cuáles otros, sino que tanto unos como otros viven dentro de una misma esfera de preocupaciones, y las ideas que más gravitación ejercen sobre ellos están, por así decirlo, "en el aire", esperando sólo que una mente lúcida —o varias, lo mismo da— venga a darles forma explícita e inteligible?

Sea de ello lo que fuere, el trabajo que Hernán Larraín acomete con ejemplar probidad es el de iluminar el pensamiento de Ortega en su *statu nascente*, en la fase en que aparecían los primeros testimonios de la capacidad filosófica del joven meditador a quien saludaba Antonio Machado con aquellos célebres versos que acertaban tan delicadamente a señalar el aspecto arquitectónico, escurialense, que daba su perfil a las "Meditaciones del Quijote".

Estudiar genéticamente la obra de un autor vale tanto como rastrear sus orígenes, asistir a su misterioso alumbramiento. Esta tarea equivale, pues, a recrear una obra, a seguirla paso a paso en un proceso creador. Ahora bien: "génesis" tiene la misma raíz que "generosidad"; buscar, pues, los orígenes de algo, no contentándonos sin más, con sus resultados, es ya, de suyo, un acto de generosidad. He aquí por qué parece obligado decir en el caso de la tarea ejecutada por el P. Larraín que su más noble designio estriba en la generosidad.

Vista así la obra primigenia de Ortega, brotando espontáneamente de su personal enfrentamiento con la circunstancia que le tocó vivir, sin deudas ideológicas con ajenos sistemas, asistimos al lento crecimiento de su obra,

desde la primitiva "prisión kantiana", hasta su progresiva liberación del idealismo y su descubrimiento de la realidad vital e histórica, en la fórmula de un fecundo compromiso de la razón y la vida.

Ciertamente, al rastrear este proceso que lleva al filósofo español a la armónica conjunción raciovitalista, el P. Larraín ha puesto el acento más en la pareja de conceptos razón-vida que en la de razón-historia, pues muchas de las conclusiones que de esta última se derivan en la filosofía orteguiana no han sido suficientemente iluminados, sin duda con objeto de dar la primacía a la índole esencialmente vitalista de la nueva razón concebida por Ortega. Una vez afirmado el valor radical de la vida, resultará sugestivo preguntarse de qué modo entendía Ortega el cristianismo desde su punto de vista raciovitalista, si como afirmador o negador de la vida. Mas, por desgracia, para Ortega según la visión cristiana, "esta vida" no vale nada; lo único que para el hombre tiene valor es la posesión de Dios, de la "otra vida". "Lástima grande —dice en este punto el P. Larraín— que Ortega no haya conocido el verdadero cristianismo". Sin duda, Ortega, cegado por una falsa interpretación del ascetismo cristiano, no fue capaz de entender el cristianismo como una realidad "encarnada", en que Dios asume el destino del hombre al paso que la naturaleza humana se convierte en morada de la perenne presencia de Dios entre nosotros.

Pese a la contención que el autor ha querido imponerse a lo largo de su trabajo, reprimiendo toda tentación hacia la expresión de elementos subjetivos o hacia el fácil abandono a los escursus y digresiones, no parece difícil reconocer en ciertos momentos la línea de las personales preocupaciones que sin duda le acompañaron a lo largo de su fructuosa investigación. Aparecen así algunos temas en que se diría que el pulso del autor vibra más aceleradamente, obedeciendo al estímulo de sus peculiares preferencias y estimaciones. Uno de estos temas es, desde luego, el de la relación entre cristianismo y vida. Ello se ve patentemente en el momento en que el P. Larraín analiza los juicios desfavorables de Ortega acerca de un cristianismo inauténtico. "No se trata aquí —arguye el P. Larraín— de condenar *toda* religiosidad y *toda* fe, sino únicamente la religiosidad y la fe inauténticas, desvitalizadas, para las cuales las realidades sobrenaturales o "eternas" no son realidades que encontramos de hecho en nuestra vida y que se nos imponen con evidencia exigiendo así nuestra adhesión total, "una anuencia valerosa, un sí trágico", sino más bien realidades que *fingimos*, pretextos o ilusiones con que nos queremos *asegurar* ficticiamente escapando de nuestra tarea vital, transformando nuestra vida en un engaño hipócrita".

Hay en este orden algo que presumiblemente acerca la actitud vital de Ortega al cristianismo, y es que en su filosofía, que reconoce la menesterosidad trágica de la vida humana, la inseguridad y riesgo que constitutivamente gravitan sobre ella, sin embargo no hay cabida para la angustia, lo que le aparta de la corriente del existencialismo contemporáneo, toda vez que éste desemboca, como es sabido, en el absurdo y en la desesperanza, al paso que el filósofo español ha ido construyendo su sistema sin dejar de ser fiel al

sesgo deportivo, jovial, de su intuición más honda de la vida, conforme a la cual es ésta lujo, exuberancia, afirmación de sí misma.

El P. Larraín subraya esta vertiente del pensamiento orteguiano, después de haber rechazado —sin ardor polémico, repetimos, sino con rigor dialéctico— ciertas impugnaciones apresuradas que se han dirigido a la obra de Ortega, como aquellas en que se le atribuye un carácter relativista o irracionalista o idealista o naturalista al modo de Rousseau. Por eso decíamos, al comienzo de esta disertación, que lo que más acusadamente se echa de ver en el propósito que le ha movido en su investigación ha sido un ademán generoso, amplio, comprensivo.

Ha realizado, pues, el P. Larraín, un trabajo en extremo provechoso para la cultura del mundo hispánico, en la que la obra de Ortega ocupa un lugar cimero. Todo intento de innovación cultural, dentro del ámbito del mundo hispánico, habrá de contar, *velis nolis*, con la obra ingente del soberbio estilista y buceador profundo de la realidad humana, que fue don José Ortega y Gasset. Nadie, pues, que de veras quiera hacer obra auténtica de cultura en nuestros países, podrá eludir el conocimiento de este gran forjador de ideas, de este gran artista del idioma. La obra de cultura es esencialmente *recapituladora* y no puede darse un paso hacia adelante sin antes detenerse a comprender, a valorar, el mensaje que nos dejaron los forjadores de la cultura de cuya substancia, querámoslo o no, todos vivimos. Por eso decía el mismo Ortega, refiriéndose a la fase de su existencia en que vivió él bajo la directa influencia del pensamiento kantiano: “De la magnífica prisión kantiana sólo es posible evadirse ingiriéndola”. A Ortega es, pues, necesario conocerlo, comprenderlo, hasta llegar finalmente a ingerirlo y superarlo. Un gran discípulo de Ortega, a quien también el P. Larraín cita, José Antonio Primo de Rivera, poseedor, como su maestro, de un estilo literario inimitable, dotado de clásica perfección, decía en su “Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset”: “Don José sabe que nada de lo que ha pasado de veras se puede dar por nulo”. Y si algo *ha pasado*, de veras, muy de veras, dejando una huella imborrable de nuestra literatura y en el acervo filosófico de nuestro tiempo, es ciertamente la obra de Ortega. No es posible, pues, vivir culturalmente, lo que se llama vivir de veras en comunión con la cultura de nuestro tiempo sin antes haberse dejado penetrar por el estilo y por la dialéctica orteguianas.

Pero dejarse penetrar por la fecundidad de su pensamiento y de su arte no quiere decir que haya de imitársele o convertirse en artículo de fe sus enunciados filosóficos. Al contrario, es menester ingerirse a Ortega para superarlo. Así lo ha comprendido, creo yo, el P. Larraín, puesto que en su libro, donde trasparece un total conocimiento de la obra orteguiana, es preciso reconcer el mérito no pequeño de no pretender amoldarse al estilo, a los modos de expresión usados por el maestro cuya obra analiza. El P. Larraín no ha caído en el vicio del orteguismo literario que, a decir verdad, ha causado tantos males a no pocos ensayistas y periodistas de habla hispana; son los estragos a que se refiere Gonzalo Fernández de la Mora, en su valioso

estudio sobre Ortega, donde se refiere a la manera insoportablemente pedantesca de ciertos seguidores del fundador de la *Revista de Occidente*, atendidos más a la letra que al espíritu del maestro.

Reverendo Padre Rector: Me he permitido exponer, en el curso de esta disertación, algunas ideas que en mí ha suscitado la lectura de su libro sobre Ortega y Gasset; la ordenación de esas ideas me ha llevado, acaso indebidamente, a manifestar mis opiniones sobre la función eminentemente humanística que a mi juicio es inherente a la vida de una Universidad Católica. Le ruego aceptar estas modestas palabras como el testimonio de aprecio y admiración de los catedráticos que componen esta Facultad hacia la obra intelectual que Ud. realiza y en la que su libro, tan justamente galardonado, es como una primicia de los espléndidos frutos que sin duda irán jalonando su labor en el futuro. Aprecio en todo lo que vale la distinción de que el Sr. Decano me ha hecho objeto al encargarme este cometido y tengo el honor de expresar a Ud., Rvdo. Padre, en su nombre y en el de los demás profesores, el homenaje de sincera simpatía y admiración hacia su persona que este acto académico ha querido trasuntar.

Valparaíso, 21 de noviembre de 1963.



CUARENTA AÑOS DE "ATENEA"

1924-1964

(De "Anales de la Universidad de Chile")

Creemos que nunca podrá eludirse en nombre de *Atenea* en cualquier intento analítico y cualitativo de la vida cultural de Chile en lo que va corrido del siglo. Aunque la revista nace bajo los auspicios de la Universidad de Concepción, en abril de 1924, con un exordio magistral de don Enrique Molina, las señas de su partida de bautismo son tan amplias, que se dejan sentir hasta ahora mismo. Más que órgano de la Universidad penquista surge en sus páginas desde un comienzo un tono nacional e hispano que no ha desaparecido en el transcurso de sus cuarenta años de vida.

Prima en ella una dirección hacia el ensayo en el vario campo de la filosofía, la literatura, las ciencias sociales, las bellas artes, con un sentido crítico y de actualidad reflejo de las corrientes en juego.

Los que han seguido su trayectoria desde entonces y recuerdan aquel primer número elegantemente impreso por Nascimento, pueden acreditar el impacto que produjo en la vida intelectual chilena. De inmediato su área de flujo y reflujo excede al radio universitario. No es una revista propiamente de la Universidad para la Universidad y su medio en la geografía